

LAS PROMESAS DE DIOS por Paul M Hanssen

Cada año, por estas fechas, cuando celebramos un nuevo año y, por tanto, un nuevo comienzo, la atención y el enfoque de muchos se centran en las promesas; promesas hechas a sí mismos, promesas hechas a otros, y las promesas que Dios nos ha dado a nosotros, su pueblo. En sí misma, ciertamente no hay nada malo en tal práctica. Hacer promesas es importante. También es importante confiar en que Dios cumplirá sus promesas. Sin embargo, un elemento clave es ampliamente descartado, ignorado o rechazado cuando se trata de las promesas de Dios.

Estoy escribiendo este artículo porque he recibido mensajes de texto, mensajes de WhatsApp y correos electrónicos de personas que amo y aprecio. Muchos de los mensajes han mencionado directa o indirectamente el año 2024 como el año del cumplimiento de las promesas de Dios. Yo mismo he enviado mensajes a la gente durante esta temporada y he dicho lo mismo. Creo en las promesas de Dios. Me mantengo firme en las promesas de Dios mientras las proclamo con valentía y con confesión inquebrantable. Confío en Dios en que el 2024 se convertirá en un año de cumplimiento de Sus promesas proféticas en la vida de Su pueblo, así como en mi vida personal.

Un hermano muy querido (a quien sé que no le importará que lo use como ejemplo en este artículo) me escribió y me dijo que iba a repasar la Palabra de Dios y resaltar todos los pasajes de las Escrituras que declaran una promesa de Dios. ¡Me encanta! Ésa es una práctica positiva y poderosa. Sin embargo, si bien esto es algo que todos deberíamos considerar hacer, hay algo más que deberíamos agregar a eso. Al resaltar las promesas de Dios, también debemos subrayar la condición puesta por Dios para el cumplimiento de la promesa. Muchas de las promesas de Dios son condicionales.

Sin embargo, no todas las promesas de Dios son condicionales; muchas no lo son. La promesa que Dios le dio a Noé de que nunca más destruiría la tierra mediante un diluvio es incondicional. La promesa de la segunda venida de Jesús es incondicional. La promesa de heredar el Reino de Dios es, sin embargo, condicional.

Hermanos míos amados, oid: ¿No ha elegido Dios los pobres de este mundo, ricos en fe, y herederos del reino que ha prometido á los que le aman? (Santiago 2:5)

Sin amor hacia el Rey del Reino, la promesa hecha a los herederos del Reino no se puede cumplir. El amor es la clave para el cumplimiento de la promesa de Dios respecto a Su Reino.

Muchas de las promesas de Dios son lo que la Biblia llama “promesas del pacto”. Un pacto es como un trato que se hace entre dos partes. Es necesario que ambas partes mantengan y cumplan su parte del trato para que el pacto siga siendo vinculante. Una promesa de pacto no se puede cumplir cuando una de las partes rompe el acuerdo.

Dios le hizo una promesa a Abram. Le prometió una tierra como herencia. Allí, en la Tierra Prometida, Dios lo haría padre de muchas naciones. Prometió que toda la tierra sería

bendecida a través de su simiente, la simiente del Mesías. Sin embargo, la promesa nunca se habría cumplido a través de Abraham si él no hubiera cumplido su parte del trato.

EMPERO Jehová había dicho á Abram: Vete de tu tierra y de tu parentela, y de la casa de tu padre, á la tierra que te mostraré; Y haré de ti una nación grande, y bendecirte he, y engrandeceré tu nombre, y serás bendición: (Génesis 12:1-2)

Y fuése Abram, como Jehová le dijo; y fué con él Lot: y era Abram de edad de setenta y cinco años cuando salió de Harán. (Gn 12:4)

La promesa que se le hizo a Abram en esta ocasión fue notable y poderosa. Pero Dios primero requirió algo. Dios requirió que Abram saliera de su país, de su parentela y de la casa de su padre. Esto conlleva un poderoso significado espiritual. Muchos quieren, proclaman y declaran las bendiciones de la herencia, pero pocos están dispuestos a apartarse de aquello con lo que están familiarizados. No están dispuestos a dejar atrás las comodidades y seguridades personales y dirigirse hacia un destino que sólo conocen mediante promesa. La promesa del pacto sólo pudo cumplirse después de que Abram se levantara e hiciera lo que Dios le había mandado. ¿Cuántas de las promesas de Dios citamos con valentía y mantenemos sin primero levantarnos y cumplir nuestra parte del trato?

Muchas de las promesas condicionales de Dios se cumplen en grados y niveles. En otras palabras, hay más de una condición para que la realización se convierta en una realidad completa. Tal fue el caso de Abram.

Y estableceré mi pacto entre mí y ti, y tu simiente después de ti en sus generaciones, por alianza perpetua, para serte á ti por Dios, y á tu simiente después de ti. Y te daré á ti, y á tu simiente después de ti, la tierra de tus peregrinaciones, toda la tierra de Canaán en heredad perpetua; y seré el Dios de ellos. Dijo de nuevo Dios á Abraham: Tú empero guardarás mi pacto, tú y tu simiente después de ti por sus generaciones. Este será mi pacto, que guardaréis entre mí y vosotros y tu simiente después de ti: Será circuncidado todo varón de entre vosotros. Circuncidaréis, pues, la carne de vuestro prepucio, y será por señal del pacto entre mí y vosotros. (Gn 17:7-11)

Abram ya había llegado a la tierra que le habían prometido. Había cumplido su parte del trato. Había abandonado la casa de su padre y había emprendido un viaje largo, traicionero y difícil. Había llegado y, sin embargo, la promesa no estaba completa. Dios requirió más; se exigió un pacto de circuncisión. La promesa de Dios fue que Él cumpliría y nunca rompería la promesa del pacto si Abram cumplía su parte del trato. ¡Lo hizo y el resto es historia!

Por eso, cuando consideres las promesas de Dios, considera también lo que Él puede estar exigiendo de ti. ¿Has "llegado" a algún lugar, por así decirlo, o has experimentado algún nivel de realización y, sin embargo, falta algo? Tal vez, sólo tal vez, estés teniendo una experiencia como Abram. Hay más, más que ver, más que realizar, más que experimentar y más que disfrutar de los grandes beneficios de Dios. Sin embargo, ¡cuanto más, se requiere más! Has dejado algo atrás, pero ahora Dios exige algo de ti que no puedes dejar atrás. Dejamos atrás los placeres, las comodidades y las seguridades del mundo, pero el "yo" permanece con nosotros. Muchas de las promesas de Dios dependen de que se elimine el yo carnal. ¡No me refiero a la abnegación sino más bien a la negación de uno mismo!

Si se humillare mi pueblo, sobre los cuales mi nombre es invocado, y oraren, y buscaren mi rostro, y se convirtieren de sus malos caminos; entonces yo oiré desde los cielos, y perdonaré sus pecados, y sanaré su tierra. (2 Crónicas 7:14).

"Si mi pueblo" - Esa es la cuestión - ¡Si!..

- Paul M Hanssen